

RAMÓN XIRAU

CIUDADES



CENTZONTLE



RAMÓN XIRAU

CIUDADES



CENTZONTLE
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición (Alberto Dallal Editores), 1969
Primera edición (UNAM), 1985
Primera edición (El Colegio Nacional), 1990
Primera edición (FCE), 2011

Xirau, Ramón

Ciudades / Ramón Xirau. — México : FCE, 2011
128 p. : ilus. ; 17 × 11 cm — (Colec. Centzontle)
ISBN 978-607-16-0699-0

1. Arte — Italia — Viajes y descripciones I. Ser. II. t.

LC DG430.2

Dewey 709 X495c

Distribución mundial

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

D. R. © 2011, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672; fax (55) 5227-4640

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0699-0

Impreso en México • *Printed in Mexico*

A Franco d'Ayala
A Ana María y Joaquín

Índice



- I. Florencia ❖ 11
- II. Siena y unas torres ❖ 75
- III. Amalfi ❖ 89
- IV. Capri, Anacapri, Capri ❖ 97
- V. Sol, azul y Pala d'Oro ❖ 103
- VI. A la Piazza dei Signori ❖ 121



Van en estas páginas impresiones, comentarios, breves reflexiones, imágenes surgidas de ciudades de Italia. Nunca como en Italia he sentido —algo tiene el libro de sentimental— la presencia viva de la plástica, de la arquitectura, de la escultura. He tratado de conservar la espontánea inmediatez de las sensaciones que fueron y siguen siendo una experiencia viva. Y si alguna vez aparecen barruntos de teoría nacen éstos de la misma experiencia. Sí, principalmente experiencia visual. A Franco d’Ayala —arquitecto y amigo de veras— dedico estas páginas porque gracias a él entendí o creo haber entendido el significado del espacio que los hombres construyen; a mi mujer y a mi hijo porque, compañeros de un mismo viaje italiano, vieron y me hicieron ver estas ciudades, estatuas, paisajes, pinturas. A la Fundación Guggenheim mi agradecimiento por haberme permitido escribir —entre otras cosas— este libro que andaba disperso en notas.

RAMÓN XIRAU

México, septiembre de 1969

I
FLORENCIA





AQUÍ EN FLORENCIA donde los puentes trazan ágiles y poderosos arcos sobre la curva líquida del Arno nacieron Giotto, Dante, Cimabue, Masaccio, Brunelleschi, Donatello, Maquiavelo, Boccaccio, Guicciardini, Cellini, Ghiberti...; aquí Lorenzo el Magnífico escribió poemas a la vida; aquí la Academia, deseosa de Platón y Atenas y medio hija de Bizancio fue Grecia renovadamente milagrosa; aquí, una palabra: dignidad.

La veo desde la cumbre no muy alta de San Miniato al Monte.

El camino sube envuelto en una sospecha de otoño. Los árboles esconden las «villas» que van desertando los antiguos dueños. Abajo, tendida y recogida en una sola mirada, la ciudad de Florencia. La noche es oscura, húmeda, transparente. En un recodo del camino aparece, dibujada y perfilada, la iglesia de San Miniato. La inclinada y altísima escalinata está bordeada de pequeñas lámparas y bordeada de lámparas idénticas la

fachada entera de la iglesia. Un esbozo de lámparas votivas encuadra a San Miniato para arrancarlo a la noche. Dentro del espacio de la nave dividida en dos niveles descansan —todo es quietud— los ecos del órgano que toca a Bach. ¿Cuál sería aquí la música apropiada, la que acabara de construir estos espacios íntimos?; ¿qué música del siglo XII?; ¿o tal vez es mejor pensar que serían aquí apropiados cualquier música o cualquier canto, cualquier voz o cualquier silencio? ¿Josquins des Prés o Evangelisti?

Bizantino que en Italia viene a iluminar la sobriedad del romántico, todo lo preside el Pantokrator, el señor verdadero, estático, aladamente pintado sobre la superficie triple de la bóveda. Las reliquias de San Miniato perduran en la cripta. Reliquias reales porque en Florencia, ciudad de piedra estricta, todo es verdadero.

En San Miniato los frescos de los discípulos de Giotto sugieren lo que ha de ser la obra del maestro en Padua y en Asís. Los cuatro medallones de Luca della Robbia son, en una capilla lateral, ojos azules de luz honda como la claridad que a veces alcanza el mar cerca de las rocas. De azul a azul remiten a los medallones luminosos que pulió Andrea della Robbia en el primer edificio del Renacimiento florentino: el Hospital de los Inocentes.

Abajo está Florencia: torre della Signoria, Bargello, Santa Maria Novella, Orsanmichelle, agilidad gozosa

del gótico que se inventó Giotto al construir el Campanile. Dícese que los florentinos decidieron encargarle a Giotto el Campanile porque era pintor de fama: nada más realista, nada más justo ni más significativo que esta improvisación que fue y es, disciplinadamente, la ciudad de Florencia.

Nuestra hermosa Florencia contiene en el presente año doscientos sesenta tiendas que pertenecen al gremio de los mercaderes de la lana. De aquí sus mercancías se envían a Roma y a Nápoles, a Sicilia, Constantinopla, Adrianópolis, Brusa y toda la Turquía.

BENEDETTO DEI,

carta a un veneciano, 1472

BASTA PASEAR por Via Porta Rossa, Via Tornabuoni, las joyerías del Ponte Vecchio para ver la riqueza de mercancías que Florencia aún envía al mundo. Hay aquí un lujo artesanal apenas amenazado por la taylorización y la automatización de nuestro tiempo. En Florencia todo es único. Pienso en dos escultores. Una educación que, si bien lo entiendo, procede del romanticismo y que hoy quiere convertirse en gusto universal nos ha hecho pensar que lo primitivo es lo bueno, aun lo mejor. Han renacido los presocráticos, la

escultura africana, el arte popular, todo lo que tiene cierto sabor arcaico en el doble sentido que la palabra *arjé* tuvo entre los griegos: gobierno y origen. Ya Vico pensaba que el mejor de los tiempos fue el de los dioses, paraíso hoy perdido en el cual el lenguaje real era el de los poetas. No veo nada malo en este renacimiento de lo primigenio por primero. Lo malo me parece ser la afirmación a veces explícita, a veces tácita, de que lo primitivo es mejor que lo clásico. Platón sí, pero sobre todo Heráclito; Rafael sí, pero sobre todo —y para muchos únicamente— Duccio o Fra Angélico. Los dos escultores en los cuales pienso son Donatello y Miguel Ángel. Entre el primer desnudo del Renacimiento, el *David* de Donatello, y el desnudo *David* de Miguel Ángel media a veces la brecha que separa a lo artesanal de lo artístico. Aunque en la obra de Donatello se perciba ya la triple confluencia de humanismo, individualismo y libertad que habrá de proclamar el Renacimiento, se diría que pesa en ella todavía cierta tendencia al anonimato. Una educación hoy en día universal me lleva a gustar de Donatello y a veces casi a preferirlo. Pero sé que Miguel Ángel, en su paganismo cuerdo a pesar de historias y leyendas, es el escultor más completo que ha producido nuestra historia.

Reposa *David* sobre la pierna derecha y es todo reposo el brazo que descansa en la certidumbre de su pro-

pia fuerza. Reposo muscular, fuerte, orgulloso, capaz, como escribía Miguel Ángel, «de revivir a los muertos». Monumental *David* elevado a la dimensión de los dioses olímpicos que suponemos blancos. Pero más aún que la monumentalidad impresionan en la desnudez total de este desnudo la claridad y la transparencia. Como si las aguas en que se mira Narciso se hubieran confundido con el ser que reflejan, la piel de David se confunde con la luz de un mármol que es mármol y calidad de carne. David-Narciso se contempla a sí mismo en la seguridad de su fortaleza triunfante. El mal penetra este esplendor. El mal y la soberbia. Pero en su *David* pagano Miguel Ángel es del todo pagano y ya sabemos que las «virtudes de los paganos fueron espléndidos vicios».

Porque este siglo, como una edad de oro, ha devuelto a la luz las artes liberales que estaban casi extinguidas: gramática, retórica, pintura, escultura, arquitectura, música, antiguos cánticos al son de la lira órfica. Y todo esto es Florencia.

MARSILIO FICINO,
carta a Pablo de Midelburgo, 1492

PARA QUIENES están acostumbrados al gótico del Norte europeo, el gótico florentino, el de Santa Maria del

Fiore, resulta extraño. Algunos han llegado a pensar que este gótico, aliado a las estrellas que brillan en la fachada y al colorido fuerte de las piedras, es mucho más dulcedumbre que estructura. De hecho es un gótico fuerte y alegre. La fortaleza de la bóveda que logró por fin construir Brunelleschi es casi tan poderosa como la del Pantheon de Roma; la alegría se anida en los recovecos de las fachadas. La energía que mantiene en pie a este gótico tardío es una verdadera línea de tensión. Pero la poesía, la música, las artes de que habla Ficino se encuentran más bien en la puerta oriente del Bautisterio. De arriba abajo transcurre la historia de la gente: la creación, el pecado original, la expulsión del paraíso, la condena, el trabajo, Abel asesinado, Noé, Abraham, Isaac, Esaú, hasta llegar a la historia verdadera de Salomón y la reina de Saba. Que la historia de la reina y Salomón remate la puerta es cosa justa: todo es oro en este bronce de Ghiberti. Todo edad de oro.

Marsilio Ficino, canónigo, empezaba sus lecciones en la Academia diciendo: «Muy queridos hermanos en Platón».

FLORENCIA, ciudad de banqueros, políticos, *condottieri*, artistas y pícaros, agudeza en las artes y aun arte de ingenio en la intriga, fue la tierra donde vino a renacer

Platón. La historia del platonismo era ya larga en el siglo xv. La Academia platónica fue matemática con Speusipo, probabilística y aun escéptica con los Nuevos Académicos, mística en Plotino, Iamblico y Proclo, cristiana en san Agustín, el Pseudo-Dionisio, Escoto Erígena y san Anselmo. En el siglo xv, Cosme de Medici fundó la Academia de Florencia influido por Plethon el Bizantino. Bizancio trajo a Florencia la tradición ateniense. Plethon escribe sobre la diferencia entre platónicos y aristotélicos, Juan Argyropoulos enseña el griego en la Academia de Cosme, Juan Bessarion de Trebizonda trata de unir la Iglesia de su Bizancio natal y de Roma y escribe un libro que es a la vez defensa y explicación del platonismo: *Adversus calumniatorem Platonis*. Los sabios de Bizancio se volcaron en Florencia; a ellos se debió en buena parte el renacimiento del platonismo a fines del siglo xv. Vigorosa influencia tuvo el pensamiento de Platón en Florencia (y desde Florencia en toda Europa): Marsilio Ficino, Pico della Mirandola y más tarde Giordano Bruno fueron maestros en platonismo y en neoplatonismo. Florencia nos hace regresar a Platón y especialmente al último Platón más místico que dialéctico o, mejor dicho, místico, después de descubrir en el «Parménides» que la dialéctica es insuficiente, que al Espíritu (al Noús) hay que llegar después de pasar por esta espléndida y reverberante feria de contradicciones lógicas

Según yo veo las cosas, se pueden en primer lugar establecer las siguientes divisiones. ¿Cuál es el ser eterno que no nace jamás y cuál es aquel que nace y no existe nunca? El primero es aprehendido por la inteligencia y el raciocinio, pues es objeto de la opinión unida a la sensación irracional, ya que nace y muere; pero no existe jamás realmente. Todo lo que nace, nace necesariamente por la acción de una causa, pues es imposible que, sea lo que sea, pueda nacer sin causa. Así pues, todas las veces que el Demiurgo con sus ojos sin cesar puestos en lo que es idéntico a sí, se sirve de un modelo de tal clase, todas las veces que él se esfuerza por realizar en su obra la forma y las propiedades de aquello, todo lo que de esta manera produce es necesariamente bello y bueno. Por lo contrario, si sus ojos se fijaran en lo que es nacido, si utilizara un modelo sujeto al nacimiento, lo que el Demiurgo realizara no sería bello ni bueno.

[...] Es necesario, tratando del Universo, preguntarse según cuál de los dos modelos lo ha hecho el que lo ha creado, si lo ha hecho de acuerdo al modelo que es idéntico a sí y uniforme o si lo ha hecho según el modelo generado y nacido. Ahora bien: si el Universo es hermoso y el Demiurgo es bueno, es evidente que pone sus miradas en el modelo eterno.

PLATÓN, «Timeo», 28

que es la noche clara de su mística. No es cosa de entrar aquí en detalles acerca de la estructura del «Parménides» —donde Platón a la vez se autocritica, critica a «Parménides» y al criticarse y criticarlo parece llegar a la más extremosa perplejidad; ¿acaso no existe el mundo

Adéntrate en ti mismo y mira. Y si todavía no te encuentras hermoso, actúa como el creador de una estatua que debe hacerse hermosa: él corta aquí, cincela allá, suaviza en otro lado, hace esta línea más ligera y la otra más pura, hasta que nace un rostro hermoso de su obra. Haz tú lo mismo: corta todo lo que es excesivo, endereza todo lo que está torcido, ilumina todo lo que está encapotado, trabaja para que todo se convierta en brillo de hermosura y nunca dejes de cincelar su estatua hasta que de dentro de ti surja luminoso el esplendor de la virtud que es semejante a los dioses, hasta que veas la bondad perfecta en el templo, sin mácula.

PLOTINO, *Enéadas*, I, 6

de las ideas?; ¿acaso no existe aquel sol que era fin de toda vida contemplativa y activa en la caverna de la «República»?—; no es cosa tampoco de explicar la respuesta dialéctica y matemática que Platón da a sus propias dudas en el «Filebo» ni tampoco de recordar con todos sus detalles la historia de la creación que nos cuenta el «Timeo». Sucede lo que sigue.

Platón, en sus últimos diálogos —los más difíciles, sin duda; también los más hermosos en cuanto a claridad y rigor—, emprende una crítica de su primera filosofía y llega a poner en duda la posibilidad misma de la existencia no contradictoria de un mundo perfecto de formas. Ha podido verse en el «Parménides» —precisamente el diálogo crítico y autocrítico— una suerte

Intellectus anima mundi semper ex divinatorum contemplatione, inde gravida parit naturam similiter fecundam rationibus quasi speculativa, et talli speculatione generat omnia.

MARSILIO FICINO, *Plotini Enneades cum Marsili Ficini Interpretatione Castigata*

La providencia universal pertenece a Dios, que es la causa universal. El hombre que de manera general es providente en relación a todas las cosas tanto vivas como inanimadas, es una especie de dios. Sin duda es el dios de los animales, puesto que los usa a todos y domestica a muchos de ellos. Es también claro que es el dios de los elementos porque los habita y cultiva todos. Es, por fin, el dios de todos los materiales porque los manipula, cambia y da forma a todos. Quien gobierna al CUERPO de tantas y tan importantes maneras y es también vicario de Dios inmortal, es sin duda él mismo inmortal.

MARSILIO FICINO, *Teología platónica*

de gimnasia espiritual; es en realidad una ascesis de la razón que se despoja de todas sus contradicciones para que en los últimos diálogos reaparezcan la Belleza, el Bien y el Ser (también Dios o los dioses) y nazca, más allá de la *diánoia* (el espíritu de análisis), la revelación, la develación de una verdad espiritual y eterna que Platón llamó Forma, Idea, Género, Dios, dioses. En

otras palabras: el último Platón abría las puertas para la filosofía neoplatónica; abría las puertas para la mística propiamente platónica y, más tarde, plotiniana y cristiana; abría las puertas para que Marsilio Ficino dijera, al decir «Queridos hermanos en Platón», esta otra frase para él nada contradictoria con la primera: «Queridos hermanos en Cristo».

EL IDEAL SIMÉTRICO es reciente. Lo inauguró en buena medida el Descartes del *Discurso del método*, el Descartes que prefería las ciudades bien trazadas y los caminos rectos del bosque a las antiguas y desordenadas ciudades medievales o a las sendas serpientes. Lo prolongó Le Nôtre en sus jardines medidos y razonados para que Napoleón lo convirtiera en el París de las perspectivas. Era necesario *dompter la nature*. Al domesticarla se alcanzó la doble perfección de Versalles y las Tullerías pero se cometió, textualmente, un error de perspectiva. Mirémonos en el espejo; todos sabemos que nuestra cara es asimétrica; todos sabemos que la composición artificial de una cara simétrica da resultados monstruosos. Pocos objetos naturales son, en cambio, simétricos: no lo son árboles, montes, ríos, ni los signos del Zodiaco que para nosotros bautizaron los griegos. El neoclasicismo es geometría plana. No lo es el arte verdadero que tiene en común, con las formas

CIUDADES

Recorrer las calles de Florencia, encontrar a cada paso siglos de historia, las formas y signos de las creaciones artísticas más sobresalientes de Europa, traer a la imaginación la figura de Maquiavelo, la fuerza de Miguel Ángel; llegar en tren a Venecia y entre sus encrucijadas acuíferas hallar el rastro de Marco Polo... Todo esto y más nos ofrecen estas páginas que el poeta y filósofo Ramón Xirau comparte con todo aquel que desee experimentar la sensación del viaje, de la sorpresa y del descubrimiento.



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA